



Santiago
Kovadloff
***El enigma del
sufrimiento***

emecé

Santiago Kovadloff

El enigma del sufrimiento

emecé | Biblioteca Santiago Kovadloff

El enigma del sufrimiento

I

Poco importan aquí las etiologías. Arraigado en un hondo trastorno corporal o provocado por un intenso desequilibrio psíquico, alentado por un amor perdido o una muerte inesperada, el dolor connota siempre lo mismo. Su intensidad denuncia en nosotros la presencia de algo extraño. Vulnera el trato familiar que hasta allí cada cual se dispensaba.

A esa presencia anómala y hostil que irrumpe en nosotros para imponernos brutalmente la evidencia de que ya no somos quienes creíamos ser, la llamaré el Intruso.

No se es plenamente humano sino después de que el Intruso se ha manifestado. Una vez que lo ha hecho, toca a su fin la hegemonía de aquel que, hasta allí, fuera uno consigo mismo. Entonces, solo entonces, se abre la posibilidad de ser otro. Ese otro, en cada cual, es la persona.

La disonancia que en el dolor se adueña de nosotros nos habla de nuestra involuntaria inscripción en un más allá del propio deseo, de la autosuficiencia y lo sabido. El ser relativamente homogéneo en el que hasta entonces creíamos consistir cede, retrocede. Es el fin del imperio del Único.

Su repliegue, sin embargo, no debe confundirse con su extinción. Para que la presencia del Intruso surta efecto, es

preciso que el Único sobreviva. Cogobernará finalmente, aunque ya no reine.

El hombre, genéricamente entendido, no existe. Ser, en su caso, es ser alguien, un hecho singular. El hombre es siempre un ser de excepción. Tal como se ha dicho, ello significa que su muerte le resulta indelegable. Pero su muerte no es aquello que lo aguarda, sino aquello que lo constituye. El hombre no va hacia ella, va con ella. Después de esta vida, ya no hay muerte, solo hay exterioridad.

El acontecimiento de la singularidad puede ser rehuído o encarnado. Si es rehuído, el Único —el que se sueña idéntico y totalizado, y del que decimos uno mismo— intentará vivir a expensas del Intruso. Conocerá el dolor y, si lo combate, lo hará reivindicándose. Quiero decir que se negará al sufrimiento, que es siempre fruto del dolor asumido como propio. Si, en cambio, cesa la reivindicación dogmática y hay autorreconocimiento en el dolor, es porque ha tenido lugar el sufrimiento. La singularidad se convertirá, de allí en más, en un hecho decisivo. Dará lugar a la persona.

¿Dónde hay persona? Allí donde el Intruso irrumpe y el Único cae, donde ya ninguno de ellos logra el monopolio de la identidad. Hay persona donde impera el sufrimiento, tensión incesante entre el Único y el Intruso.

El dolor es una herida que horroriza a quien se sueña idéntico. . . e idénticos nos soñamos todos. Su tajo desgarrar la trama pretendidamente unívoca y firme del yo ideal. Con la fuerza y la hondura de su embestida, el dolor le impone, a ese yo ideal, la presencia de un *alter* que lo destituye como *ego* absoluto. Así se desmorona lo homogéneo, y de su quebranto asciende ese otro modo posible del hombre que es lo heterogéneo. Como un espejo largamente repudiado, lo heterogéneo insiste y manifies-

ta, al final, su demanda: que en su figura pueda reconocerse el uno como otro.

El Intruso no es sino, en los términos célebres de Rank,¹ doble complementario y antagónico del Único. La catástrofe de ese hombre inequívoco que yo presumía ser es, al unísono, despliegue del otro equívoco que de hecho soy. A pocos poetas he leído que enuncien tal cosa con la claridad de Mário de Sá-Carneiro:

Me detuve en el puente y, asomado,
vi que el puente era falso, era mentira.²

Una cosa es, pues, que el Intruso irrumpa; otra, que en él, sin desconocernos, nos reconozcamos.

¿Cómo llegar a reconocernos en aquel que decimos no ser, que no queremos ser, que no imaginamos?

El Intruso nada reivindica. Desconoce los apremios que impulsan todo reclamo. Su legitimidad cuenta con el respaldo de los hechos consumados: sencillamente, se impone. Vulnera, de pronto, la supremacía de aquel en relación con el cual se recorta como Intruso. Al destituir al Único, se constituye en presencia ineludible. Es el dolor que golpea y, a través del sufrimiento que puede contribuir a suscitar, asegura su perdurabilidad como significante.

El Intruso, ya lo dije, no desaloja al Único; cohabita con él. Si lo desplaza del centro, no lo excluye de la escena. Lo acota, pero no anula su protagonismo. Lo fuerza a compartir. El cuerpo que el Único creía solo suyo se revela, ahora, como patrimonio de los dos. El Intruso rompe, de tal modo, la sinonimia rígi-

1. Otto Rank, *El doble*, Buenos Aires, Orion, 1976.

2. Mário de Sá-Carneiro, *Obras completas*, Lisboa, Atica, s. f., págs. 108 y 109.

da entre ser e identidad. A nuestro pesar descubrimos, así, que no cabemos por entero en la imagen que suponíamos nuestra y, a la vez, que todavía nos resulta imposible reconocernos en cuanto la excede.

¿Qué o quiénes somos entonces? Somos ese punto de convergencia candente y crispada donde el Único se desploma mientras se alza, irreductible, el Intruso. Crisis, eso somos. Un instante de intensidad que abruma. Dolor en primera y rotunda instancia; sufrimiento, acaso, después.

La derrota del Único, no obstante, no implica su extinción. Repito que esa caída no redunde en sometimiento. Si así fuera, el Intruso no podría desempeñar su función. Destituido como expresión exclusiva de la subjetividad, el Único se debate, ahora, a merced del dolor. Con su propia carne, nutrirá al Intruso hasta que sobrevenga —si sobreviene— la transfiguración. Entonces, solo entonces, se reconocerá como quien es en quien creyó no ser. Mientras ello no suceda, el Único va a pura pérdida. Ve esfumarse, irremediabilmente, la autonomía que creía poseer. Ahora no es más que un hombre doliente.

II

Como tránsito concibe Freud la cura psicoanalítica. Un tránsito que se cumple desde «la miseria histérica al infortunio ordinario». Estas son sus palabras; con ellas se dirige a su paciente: «Usted se convencerá de que es grande la ganancia si conseguimos transformar su miseria histérica en infortunio ordinario».³

3. Sigmund Freud, *Obras completas*, t. III, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, pág. 309.

Esa transformación concede un beneficio. El «infortunio ordinario», padecimiento común a la especie, no es un trastorno funcional, no es una patología. Resulta, por el contrario, del carácter cancelable de nuestra existencia. Del efecto, en la conciencia, de la muerte que nos constituye. De ese desvelo sin objeto al que llamamos angustia. De esa huella labrada en nosotros por el hecho de sabernos y sentirnos pasajeros. Por eso, «el infortunio ordinario», experiencia básica, es una verdad terminal. Asumida, hace del hombre un ser que sufre. Lo convierte en persona. Con ello, ese hombre deja de ser, ante todo, un doliente. Ha ido más allá del Único quebrantado sin renegar de ese quebranto como algo propio.

La «miseria histórica» es una de las configuraciones patológicas que asume el «infortunio ordinario». Tiene lugar como negativa del Único a reconocer, en ese infortunio, un destino personal.

Toda configuración patológica connota dolor, necesariamente. En cambio, el autorreconocimiento en el destino, la desgarrada aceptación de lo ineludible, ya no es patología, ya no es dolor; es sufrimiento. No impone, como el dolor, una destitución forzosa; habilita, en cambio, una constitución: la de la persona. Ella tiene lugar cuando sobreviene una reinterpretación visceral (no epitelial) del dolor manifestado. Cuando ello ocurre, el dolor alcanza a tener significado, no será entonces únicamente desnuda realidad; esa brutal realidad que nos induce, en un primer momento, a renegar de él como algo que nos atañe, que nos implica, que no podemos disociar de nosotros. Allí donde ese significado aflora, hay por fin existencia; otro (vale decir, de otra índole) pasa a ser también quien, bajo su influjo, soporta el destino.

Tal es la función del sufrimiento: posibilitar que el destino sea tomado en las manos de quien no deja nunca de estar a su merced. Permitir que, mientras el destino deje ver al desnudo

su condición de ley que nos contiene, pueda, también él, ser contenido. La finitud se anuncia, de tal modo, como aquello a lo que hemos sido legados bajo dos formas. Una, real, en acto —la del dolor—, la de aquella embestida que, en cada uno de nosotros, desmorona al Único. La otra, eventual, posible —la del sufrimiento—, la de aquella promesa que, una vez cumplida, puede llegar a hacer de cada cual una persona. En otros términos: la muerte, admitida aun cuando ello solo sea posible parcialmente, actúa en la conciencia como peaje pagado que franquea el acceso creador a la temporalidad.

El dolor obra de manera inconsulta: se autoimpone. Tiene la prepotencia de la fatalidad. Al sufrimiento, en cambio, se accede. Es preciso salir a su encuentro. No es él quien nos busca. No es suyo el puño inclemente que golpea a nuestra puerta. Pero una vez discernido es posible advertir cómo procede. Mientras el dolor impone una derrota al Único, el sufrimiento posibilita una victoria sobre el Intruso. En esta y en aquella, ambos —el Intruso y el Único— ven mermado su protagonismo excluyente. La marcha hacia la ganancia señalada por Freud se inicia, de manera forzosa, con una pérdida: la pérdida de la autosuficiencia del Único. Es en el hombre doliente y solo en él, donde habrá de gestarse, si se gesta, el porvenir de quien sepa sufrir.

El dolor desbarata un espejismo: el de no estar sujeto a nada que rebase la propia voluntad. Disuelve, por eso, la ilusoria identificación del Único consigo mismo. Atestigua que se ha partido el cristal complaciente que hasta allí duplicaba su imagen invicta. Y cuanto más se aferra entonces el Único a ese sí mismo astillado y en repliegue, mayor es su dolor. Esa obstinación es padecimiento. Rechazo desesperado y estéril de la presencia, en el Único disuelto como un todo, del Intruso que nos habla de nosotros en primera persona del singular.

El sufrimiento solo tiene lugar cuando el repudio del Intruso da lugar al autorreconocimiento. El sufrimiento sobreviene únicamente si se accede al contacto con aquello otro que nos toma y nos habla de nosotros como alteridad para nosotros mismos. Una vez que el Intruso ha embestido contra el Único, el dolor insistirá tratando de abarcarlo todo. Solo la aceptación del Intruso por parte de quien se creyera Único podrá más que la sed posesiva del dolor. Si así fuera, si ese encuentro se produjese, habrá sufrimiento.

La convergencia entre el Único y el Intruso se concreta en la herida abierta del Único. Esa herida es de muerte, y no porque el Único vaya a extinguirse, sino porque ha visto desgarrada su ilusoria unidad. Ha visto con espanto su imagen escindida. Y mientras el espanto prevalezca, el hombre ha de ser hombre doliente. No sabrá sufrir todavía. En el sufrimiento, el latido del horror no cesa, pero, amortiguado, ya no impera.

III

No hay encuentro sin distancia, y solo hay distancia en el sufrimiento. La distancia que el encuentro traza equivale a lo que de irreductible al Intruso hay en el Único y viceversa. Esta distancia es vínculo: si es cierto que separa, también lo es que reúne. La embriaguez del Único y la ciega embestida del Intruso no podrán comprender que es así mientras el puro enfrentamiento los consuma. Solo el sufrimiento incorpora este saber. Más aún: en este saber consiste el sufrimiento.

La distancia que asegura el encuentro es impotencia del Único para hacer suyo al Intruso sin perderse en parte como tal. Pero, a la vez, es esa distancia ofertada al Único malherido para

que pueda sostenerse en la diferencia con el Intruso el escenario propicio para la irrupción de una libertad hasta allí inexistente.

Quienes conocen la entrañable emoción de la cercanía saben que están irremediablemente separados. De modo que la distancia —que no es distanciamiento— no constituye el reverso del encuentro, sino su condición habilitante. Esa distancia es cordial; la energía que enlaza sus dos extremos es amorosa.

El amor, inextinguible afán de aproximación entre quienes están juntos, es, por eso, sufrimiento. Simone Weil lo ha dicho a su modo: «Amar puramente es acatar la distancia, es adorar la distancia entre uno y lo que uno ama».⁴

Recíprocamente inextinguibles, el Único y el Intruso pueden, en virtud del sufrimiento, reconocerse hermanados. A medida que el Único, por obra del dolor, admite su ineptitud para lograr un nuevo ensimismamiento y comprende que ya no podrá abroquelarse en la autosuficiencia; a medida que el Único se ve retratado por el Intruso como un desconocido y hace suyo, en amorosa agonía, ese extrañamiento, el hombre, hasta allí doliente, será capaz de empezar a sufrir.

Sufre aquel que ya no puede renegar de lo que hasta entonces desechara. Esta disonancia, esta tensión inaplacable, pasa a ser ahora el pan de sus días. Si el hombre se abre al sufrimiento como voz propia que lo interpela y alcanza, es porque el dolor ha dejado de ser su única morada. Sin duda, lo seguirá designando, pero ya no podrá decirlo todo de él.

La palabra, vivida como alusión pertinente, asimilada y ejercida como signo personal, necesario e insuficiente a la vez, nace dictada por el sufrimiento y solo por él.

4. Simone Weil, *La pesanteur et la grâce*, París, Plon, 1988, pág. 78.

El hombre libremente conformado solo se presenta en el sufrimiento. La existencia, en verdad, no aflora en otro suelo. No se expande en el dolor y solo ficticiamente lo hace en la mismidad.

La existencia, fruto del sufrimiento asumido, es peregrinación. Ni su sitio de partida ni su meta dicen de ella lo que importa oír. La existencia no termina de partir. No puede, en consecuencia, terminar de llegar. Ella es, literalmente, intemperie, incesante descentramiento; evocación sin fin. La vida no tiene nada que decirnos; la existencia, todo. La vida es un hecho consumado. La existencia, un hecho imposible y, por lo tanto, una verdad irrealizable. Por eso el sufrimiento es la voz de la existencia. En él y por él se la puede discernir.

En el sentido en que aquí importa —y que es aquel en que lo entiende Vincent van Gogh—, el sufrimiento es «lo único que tenemos que aprender».⁵ La educación primaria que el hombre debe brindarse no puede consistir en nada más elemental. Ella, sin embargo, no le podrá ser suministrada nunca por otro hombre. No se trata de un saber constituido que se pone a disposición de otro. No hay cómo inducirla ni cómo divulgarla. Se parece, por eso, a la fe. El hombre sufrido es fruto de una autorrevelación fundamental. Aguardar su advenimiento acaso sea posible; producirlo no.

No hay acceso metodológico, intencional ni doctrinario al sufrimiento. Es ofrenda y nada más que ofrenda. Solo se deja conocer al ser recibida. Ofrenda que se ha ganado de pronto, sin esperar que provenga de alguien exterior a nosotros ni brindada en respuesta a nuestra demanda. Ofrenda alcanzada por cada cual en su propio quebranto, sin recursos para producirla

5. Vincent van Gogh, *Cartas a Theo*, México, Premia, 1997, pág. 87.

ni poder consciente para convocarla, a ella se accede únicamente por obra de una iluminación que es agonía. El aprendizaje no puede ser, pues, otra cosa que privilegiada autoaprehensión.

El dolor no retrocede sino ante quien identifica como propia su presencia. Quiero decir que, si su verdad no se convierte en nuestra, ella nos aísla y disuelve en la intrascendencia. Es una realidad que solo fagocita a quien no la digiere. «Lo único que tenemos que aprender» es a metabolizarla, y eso no se logra más que incorporándola.

A veces, el hombre doliente sabe ser ese aprendiz que no cuenta con maestros. Aquel que encuentra, en un vínculo inédito con su padecimiento, el resplandor que lo revela y lo potencia. Descubre entonces que, a diferencia del dolor, el sufrimiento no puede ser impuesto ni inducido. Altísima evidencia del desencuentro de cada uno con el ser homogéneo que supuso ser, cosecha final del fracaso del hombre como Único, el sufrimiento es la instancia superior de la conciencia, porque, con él, el dolor que nos desmiente se convierte en el padecer que nos confirma. Bajo su luz, el hombre deja de verse como semejante y llega a reconocerse como prójimo. El Único y el Intruso se reconfiguran, entonces, para cada cual y en cada cual, como lo entrañable por antonomasia; desarticulan su hostilidad recíproca y alientan su comunión, la distancia que los enlaza. Así, lo impugnado retorna resarcido; la evidencia que brota de lo largamente acallado es voz ahora, y ya no mutismo. La certeza cede y sobreviene el nacimiento, penoso, pausado y radiante del enigma de la existencia. Del enigma concebido como morada que se constituye, se habita, se preserva y se explora en la lectura que de él se hace.